

*En Las Minas De Arriba*

*En las minas de arriba fui elegido,  
Llegué al Senado, me senté, juré,  
con los distinguidos señores.  
"Juro" y era vacío el juramento  
de muchos, no juraban  
con la sangre, sino con la corbata,  
juraban con la voz, la lengua, labios  
y dientes, pero allí se detenía  
el juramento.*

Neruda (*a una negra desnuda*)

### *Sonsonete Oaxaqueño*

Vean a este Capitán sin filo. Bautizado en comisaría le tiraron ceniza de N.N.<sup>1</sup> en la frente en vez de agua bendita y fría. Sale relámpago del *tril* dejando una mancha de suero costeño sobre su uniforme. Lo persigue la doña del *tril* con un chorizo en la mano (en secreto, ella, la doña, quiere que el capitán se case con su hija o con ella, *¡con alguien!* pero no con cualquiera) en la esquina se lo lleva un patrullero en moto y se desaparecen juntos los tres (Capitán, patrullero y moto) en una nube de ruido motorizado. Sí estuviéramos en una comedia, aquí la doña se quejaría con una obscenidad lanzada sobre el tibio aire de la tarde y, sin más, mordería el chorizo de carne-picada.

No llueve ya. El día es gris, la mañana ya pasó y la noche se demora. En la esquina lo esperan dos hombres de uniforme azul, el cuerpo muerto ha sido tapado con un retazo de lona verde de construcción. El Capitán no tiene afán. Ya está aquí, ya de **aquí...** no nos vamos hasta las tres-cuatro de la mañana. El carro con los forenses quieto esta en un trancón, quién sabe si tengan bien la dirección. No importa, a la larga todo termina pasando como quieran los otros. Antes del conteo final (¿o era el goteo?) siempre falla el encendedor y la pólvora empieza a subir al cielo despejado impulsada por el aliento del hincha: *Vamos-vamos*. Estalla y el Capitán piensa,

---

<sup>1</sup> Nomen nescio. Un necio sin nombre.

*‘eso es ilegal, ¿no?’. Pero a nadie le importa. El patrullero que lo ha traído hasta la escena le pregunta si ya puede irse, pues este no es su cuadrante. Espere un momentico, ¿dónde está la autopista? – Aquí, baja por esta calle y llega a la avenida, primer semáforo a la izquierda y ahí está.*

Ahora sí, ¡Que sweetten el fantasma!

Estamos en una calle amplia de una sola vía<sup>2</sup>, sobre una intersección donde se forman cuatro esquinas, en un sector pobre de la ciudad pero sí prefieren irse al/con/el detalle: nos encontramos en un cuadrante urbano clase media melocotón con árboles, ratas y problemas de alcantarillado donde en una esquina hay una tienda, en la otra se fritan todo tipo de carnes y en la otra hay un comercio (¿esto qué es? Un comercio Capitán. ¿Pero de qué? Creo que venden flores... pero no es una floristería). La última esquina está ocupada por una casa con una palmera alta que tapa toda la visibilidad hacia la escena. Son las cuatro de la tarde de un martes depresivo del mes lúgubre de octubre. ¿Usted sabe dónde y con quién están sus hijos en este momento? El Capitán se acerca al cuerpo, se arrodilla sin que sus rotulas toquen el asfalto (sobre negro asfalto no se distingue rojo sangre) y levanta la lona verde. Joven, usted es joven. Un pelao, de unos *¿qué?* veinte a veintitrés años. ¿Y ustedes por qué no han sellado el tráfico? ¡Ah! Sí, mi capitán y corren hacia la esquina contraria. Es decepcionante, lo es, tener que hacer todo uno mismo. En su cabeza ya está redactando el reporte. Dos agentes de tránsito, primeros en responder. **Testigos...** testigos.

El Capitán se pone de pie dejando todo el bulto de su peso sobre sus rodillas y sufre por ello, sí, sufre el Capitán. Se dirige hacia la esquina donde se encuentra la tienda. El interior es amplio, con espacio para bailar o pelear, contra la pared del fondo, invisible en esta luz, se encuentra la caja de dinero detrás de la vitrina con cigarrillos. Todo está impregnado de un hedor a peleche. El tendero tiene una nariz enorme. Cuando sonrío la punta de su protuberante puente nasal le toca el labio inferior. Se miran (tendero y Capitán), no se hablan, se pasan ojeadas distantes, incrédulas. Y es que aquí nadie entiende qué hace la policía: ¿Para quién trabaja? ¿Dónde lavan los uniformes? ¿Quién los motila y por qué no lo han arrestado a ese? ¿o matado?... tantas incógnitas.

---

<sup>2</sup> En sentido creciente del lado impar desde el dígito 71 hasta el 127 y del lado par desde la 32<sup>da</sup> hasta el empede con la calle 20 que termina en el semáforo que del oeste desemboca en la Avenida Las Vegas.

Un fletero.

¿Fletero?

Si. Hacía mandados de aquí y de allá.

[Despectivo]: ¿Y eso es una floristería?

No.

¿Qué es entonces?

Venden arreglos florales.

¿Cómo para velorios?

No. Para matrimonios y ocasiones especiales.

El tráfico ha sido interrumpido. El Capitán revisa por su radio que el camión forense tenga bien la dirección. Hora aproximada de llegada: cinco y veinte.

Vea ese muchacho se mató solo. ¿En medio de la calle? Ahí donde lo ve. El pasaba en la bicicleta haciendo mandados –creo– pero es que aquí los jóvenes no usan casco *pa'* montar. Nada. Y claro, vea. Ahí quedó. Pavimento seco. Con que no suba el calor, con que no suba el temblor. El Capitán se acerca de nuevo al cuerpo y mira hacia las cuatro esquinas. ¿Quién vio? Pide refuerzos por la radio y entra de nuevo en la tienda. Esto es un vaivén muy tenaz. ¿Quiere una gaseosa mi teniente? No gracias. Lo de teniente lo deja deslizar. La jerarquía es cosa del pasado, aquí con estar de uniforme ya es suficiente. El tendero lo mira como se mira a un fósforo que no ha encendido al ser frotado contra la lija. Antes de que le haga otra pregunta insulsa, el Capitán le pide prestado el teléfono. Claro, aquí no más, le pasa un inalámbrico grasoso y negro. El que es meticuloso no le pegaría la oreja al aparato ni mucho menos se lo acercaría a la boca, pero el Capitán está del otro lado del registro, las botas que usa a diario todavía son dos tallas por debajo de la suya. ¿*A/ó?* La doña del *tril*, todavía con el chorizo en la mano, responde como si fuese una conversación que traían de antes. El Capitán le cuelga. Marca otro número. Timbra, ya va a colgar cuando un suspiro quiebra el timbre en medio *riiiii* – *Hola - Hola.*

Cambia de lado el día. La noche no demora, ya viene. Uno y uno se van juntando los combos, las esquinas se van apretando. Los refuerzos que pidió el Capitán tienen la escena acordonada. Todo empieza a rodar. La gente sale como hormigas detrás de puertas que hace un instante eran paredes. Esto es una zona tranquila, aquí no pasan este tipo de cosas. Antes. Haai ay ay, esto era de todos los días, de todos los benditos días. Incluso los verdes los veía uno tumbados en el piso, goteando. ¿Ustedes también tienen sangre roja no cierto? Sí, mi abuelo. El tendero

se inscribe como testigo aunque no vio nada, estaba viendo televisión (entonces si vio algo), pero esta seguro de haber oído el golpe y puede, no está seguro en este punto, que haya habido un tiro. ¿Cómo que la posibilidad? ¿No está muerto ahí pues? Reflejos mi Capitán, reflejos.

Es duro, porque uno a medida que escribe le coge cariño al personaje principal. Uno quiere que resuelva el caso, que regrese donde la doña que lo espera con chorizo en mano, que se case (con arreglos florales impecables), que le den botas que le sirven. Pero uno se tiene que alejar. Si fuésemos a decir la verdad, la cual no existe, no se siga diciendo mentiras, que sí existiesen tendríamos que dar mil explicaciones más hasta que llega el camión forense con la gente vestida de blanco gripe aviaria y dejarlos que hagan su trabajo para poder proceder con el levantamiento del cuerpo inerte y el Capitán de aquí para allá por el barrio preguntando: ¿usted lo ha visto? ¿sabe dónde trabaja? ¿cómo se llamaba? ¿y usted? Todas las tiendas de por acá le daban salidas pa' que se hiciera sus pesos. Pero eso de ver... ¿ver que pasó? Nadie ha visto.

Ahora, sí esto fuera un absurdo, el Capitán moriría atropellado por el camión forense y habría que volver a empezar el proceso, llamar a un Sargento que pida otro camión que se atasca en otro trancón y nunca resolveríamos, ni en lo técnico ni en lo práctico: nada.